

## La ruta de los bebenautas

David González

Ulises es un morro de la raza, tendrá dieciséis años, pero aparenta veinte, pelo rapado a los lados, como lo traen los jamaíquinos: unos chavos que se juntan en la colonia, que usan pantalones aguados y cortos, tenis abultados, camisas grandes, de rayas; aretes en la oreja y colita de caballo. Desertor de la prepa, una carrera técnica del Conalep y dice que pertenece a la nueva generación de la aventura. Se dedica a la boleada, porque así combina el deber con el placer, gana unos pesos para llevar a su casa como pago por su plato de frijoles y un rincón para dormir a veces; por otra parte tiene acceso al Sarolo, que lo hace olvidar sus penas.

Ulises es un animal de la noche, en ella encuentra la paz que necesita, además sus clientes no son tan exigentes y no importa que tanto sepa bolear; en la noche todos los gatos son pardos y el que no es pancho es panchero, situación en la que se ha encontrado más de una vez: es como el amor, unas veces te toca arriba y otras te toca abajo, depende si eres soplanucas o muerdealmohadas —dice soltando una carcajada.

Lo encontré una noche, hace seis meses, fue cuando me platicó sobre su ocupación; cosa rara en él, me invitó una cerveza. Estaba esperando el camión para ir a mi casa, era temprano y a esa hora iban llenos, cómo despreñar una cerveza a un amigo, cómo despreñarle una cerveza a Ulises que siempre vivía gorreando a la raza. Nos metimos a *La Burbuja*, una



cantina que está por Ruperto Martínez, ahí no hay radiola y la cerveza está barata. Boleros o vendedores de semillas o de duritos o de cigarros sueltos o de tacos o de ropa o de falluca o cualquier cosa que puedan comprar los borrachos; ahí se refugian, por lo menos coinciden para hacer una evaluación del negocio en la zona y para preparar su mercancía mientras toman la primera cerveza de la noche.

—Mira Rolas, tu que le haces a eso de la escribida quiero que me hagas una historia —me dice en tono confidencial, mientras bolea mis botas (algo demasiado sospechoso, se ofreció a dar el servicio sin cobrar). —Pero una historia machín donde yo sea el heugre, una historia d'esas de mucha acción, bueno no tanto, de perdido de vez en cuando algo de cachondeo, si hasta tengo el título, «las aventuras del Bolero Chido».

—No quise interrumpirlo, se veía emocionado y pensé que necesitaba alguien a quien contarle cualquier tontería, con tal de que lo escuchara; además él estaba pagando y no hablaba de cosas deprimentes.

—No tengo lana para pagarte pero, mínimo una boleada y unas dos o tres cheves o las que sean, mientras te cuento el rollo que traigo—. Eso cambiaba el panorama, me estaba ofreciendo la oportunidad de pistear de grapa mientras no abandonara su fantasía, ¿por qué no?

—Mira —me dijo, entusiasmado por aceptar su oferta— es algo como que yo soy un bolero, pero de los de acá, tú sabes buena onda, entonces andando en eso del taloneo, pus me topo con una desas bandas de malandrines bien ojeis... No, piojos no, desos batos que tú dices aguas este bato trae fierro y pos con eso no se juega, entonces sin querer me entero que le van a poner en la madre a alguien y yo pos veo la oportunidad de convertirme en un héroe, como el Pantera, no como los Power Ranger, porque esos traen mallas; un héroe desos común y corriente, más común que corriente, entonces hago como que soy un investigador disfrazado o algo así de bolero y les ayudo a los javieres a que se paren el cuello, porque la neta s'tan

que n'más no dan una y p'os yo les resuelvo sus casos y me quedó con la vieja... ¿Cómo qué cual vieja? La que iban a matar para quedarse con la herencia, menso, ya ves por eso te digo que hay que escribirlo para que no se me olvide o me hagas bolas.

Sólo le puse una condición, que fuera en una cantina diferente cada vez, para poner un toque interesante a la historia, seguiríamos la ruta de los bebenautas al terminar nos podríamos de acuerdo sobre el lugar y la hora de la siguiente sesión. Se entusiasma con la idea, aunque para eso tendría que trabajar más.

—No importa, así puedo ver otras partes donde el jale esté bueno. —Dijo antes de despedirse.

Quedamos de vernos al día siguiente, propuso seguir un orden, visitaríamos primero las cantinas que conoce. En la esquina de Juárez y Aramberri decidiríamos el rumbo a seguir, la orientación de las calles se inicia en ese punto, de ahí parte la numeración hacia el norte-sur y oriente-poniente. La mejor hora es a las ocho, dijo Ulises, cuando la noche acaba de empezar, luego depende, según el antro al que nos metamos.

En el ombligo de Monterrey. En contraesquina del Mercado Juárez se encuentra *El Restaurant Bar Lontanza*, primer punto a visitar. El ruido de la calle se queda afuera, junto con el calor y el humo de los camiones. Silencio. No esta prendida la radiola, pero tres televisores a color conectados a una antena parabólica nos imponen a tener que hablar en voz baja, en cada uno de los aparatos transmiten diferentes programas, en uno el fútbol, en otro una telenovela y en el tercero una película en inglés sin subtítulos. El cantinero es gordo y el mesero con el cuello endurecido que lo obliga a ladear la cabeza cuando le hablan: el patrón está junto a la caja registradora no despega su vista de la telenovela. La barra, alta y de asientos viejos; la contrabarra de madera con algunos adornos hechos de triplay, simple, tiene unos cuantos estantes donde se acomop



dan un amplio surtido de vinos de diferentes marcas, tendiendo hacia los buenos.

Doce o quince mesas, en un lugar pequeño, cubierto con azulejos que llegan a media pared. Y por una pequeña puerta se ve la cocina que tiene mal aspecto ¿por qué las cocinas de las cantinas siempre tienen mal aspecto? Sirven de botana: tacos de algún sospechoso guiso a base de papas, algo que parece caldo de pollo o de verduras. Junto a la contrabarra un anuncio que justifica la razón de ser restaurant, el menú: pescado frito, caldo de pescado, coctel de camarón.

Dos posters enmarcados, fondo azul con líneas blancas; me acuerdo haberlos visto en el cuarto del más grande de mis hermanos, herencia de los años sesenta: representan a una pareja en poses sugestivas para hacer el amor, compiten con la elegancia modernista de otros dos posters donde hermosas modelos promocionan un tipo de cerveza, una se parece a un travesti que conoce Ulises, me inclino por la rubia de firmes y grandes pechos.

Dos sapos disecados, cada uno con una guitarra en miniatura, guardan cierto parecido con el cantinero y el mesero, observan desde una repisa atentamente a los que entran al mingitorio: un espacio de un metro por dos de largo con una pileta de acero inoxidable, con un tubo perforado de donde salen pequeños chorros de agua y cuelga una pastilla de desodorante para tratar de eliminar los malos olores. Mientras conocía el sanitario me entretuve en empujar un escupitajo con el chorro a presión de mi orina.

Cada cinco minutos entran a la cantina semilleros, boleros, vendedores de trajecitos de futbolista para niños, otra vez boleros, que se turnan para interrumpir una plática o el silencio de ostras de quienes apoyados en la barra se han compenetrado en la trama de la película, no faltan los que abren la puerta y se asoman como buscando a alguien, casi todos con una actitud sospechosa, a la caza de un borracho a quien robar o qui-

zá en busca de algún signo secreto, algo olvidado o una palabra que los haga detenerse.

Se ve que la mayor parte de la clientela asiste con frecuencia al lugar, se conocen entre sí, el mesero y el cantinero conocen sus gustos y sus nombres. Uno que otro despistado trata de penetrar en ese círculo invisible o por lo menos fumar de gorra; nosotros somos bichos raros a los que hay que ver de soslayo, vayamos a ser maricones y malinterpretemos una mirada, también podemos ser broncados con quién sabe que negras intenciones. Al terminar la telenovela el mesero coloca una moneda en la radiola de discos compactos, Chente inicia la alegría con «Por tu maldito amor». Cuando salimos San Martín de Porres nos despidió sonriente desde un nicho sobre la puerta, junto a él una veladora prendida.

El calor, el humo y el ruido quisieron obligarnos a regresar de nuevo al local. Ya era tarde, habíamos dado el primer paso y chicas el que se raje —dijo Ulises aspirando profundamente hasta que le lloraron los ojos. ¿De qué habló? ni me acuerdo pero algo tenía que escribir para seguirle la corriente y tomarme las dos cervezas. Quedamos de vernos al día siguiente en el *Restaurant Bar el Vencedor*.

Llegue temprano, di una vuelta por el mercado y *El Vencedor* estaba cerrado a las ocho de la noche, se me hizo raro, pero después me enteré que seguido se arman broncas en ese lugar y lo clausuran por un corto tiempo; a Ulises lo vi en la esquina, acostado en una banca que servía anteriormente a un sitio de taxis; estaba perdido y un fuerte olor a solvente me dio una pista sobre el origen de su profundo sueño.

Traté de que se repusiera, pero andaba bien loco, regresé con él casi a rastras hacia la calle Juárez, la música estridente de una radiola salía de *El Jockey Club*, nos invitó a pasar. Dos hojas de una puerta de vaivén dan directamente a una radiola; un grupo de gente amontonada en una pequeña barra de dos metros, y a la derecha un pasillo largo. Otra barra se prolonga por quince metros, recorre la distancia de todo el pasillo que



desemboca en un área amplia donde se acomodan veinte mesas dobles, en el fondo otra radiola; me siento en una mesa con una pésima ubicación, es la única vacía. Ulises se acomoda y retoma el sueño, hago una cuenta rápida, si me tomara una cerveza ocupando un banco diferente cada vez en la barra, mínimo me tomaría dos cartones; una buena peda.

Una gorda, chaparra, con un trasero enorme, tan enorme como las ancas de un caballo de carreras y que disfruta que todo el mundo se lo toque, se pasea sonriente entre las mesas; con una señal le pido una cerveza, ella va hasta el espacio que tiene reservado entre los clientes de la barra con una franela roja, le pide al cantinero que se ve sabe su negocio; camiseta blanca impecable, bigote recortado y totalmente sobrio, sin expresión en el rostro. Pone la cerveza en mi mesa junto a un botecito de los que se usan para envasar medicinas, que tiene la tapa perforada y que hace las veces de salero, me cobra y recuerdo haber visto un letrero que dice pague al servir. Le pago con un billete y ella me da feria que saca de un delantal. Les llaman «Galopinas», pagan por trabajar; en el negocio les dan una «caja» y ellas pagan la cerveza o bebidas a un precio y al cliente le dan otro, además pueden transar con la feria o hacer cambiazo, decir que el billete de cincuenta era de veinte o se olvidan de devolver el cambio, depende que tan ebrio esté su cliente.

Soy un fantasma, nadie me ve o volteo a verme. A esa hora todos están alcoholizados, por lo menos los que se encuentran cerca de mí. Hablan a gritos, platican y discuten sobre tonterías, alguien puso a las Jilguerillas y empiezan a cantar «El Pávido Návido», todos los clientes son viejos, es raro el que no tenga canas que asoman debajo de la cachucha o sombrero. Son gente de trabajo, se les nota en el vestido, en sus morrales con herramientas; entre ellos destacan los contratistas y delegados de algún sindicato, panzones, prepotentes, gritones y como dice el dicho: en tierra de ciegos el tuerto es rey, se sienten la gran cosa, vestidos con guayaberas y zapatos boleados.

El piso en una mezcla de cáscaras de cacahuete y semillitas, escupitajos, colillas de cigarro y lodo. Un ratón se pasea sobre una estufa de ocho quemadores, husmea los restos de comida y tortillas duras que hay sobre ella: es la cocina.

Me tomo dos cervezas y antes de salir, una vuelta al mingitorio, un cuarto amplio rodeado de una pileta cubierta con azulejos en el que no falla una guacareada; hay que echar una miada rápida, no se me vaya a antojar en el camión y empiece el sufrimiento. Al salir me doy cuenta que la contrabarra es un verdadero trabajo de ebanistería: conserva aún los espejos biselados originales, digo, porque se ven descascarados y opacos. La radiola de la entrada sigue tocando y no se oye la del fondo, nadie nos despide ni nos despedimos. A Ulises lo vuelvo a dejar dormido en la esquina que lo encontré. Y yo que entré a pensar sobre el proyecto. No resolví nada. A ver si mañana nos encontramos en *El Vencedor*.

—Estaba en una cantina, no me acuerdo su nombre, ¿cómo quieres que me acuerde? Andaba bien tano, pero me gustaría que en la historia fuera a'í, tiene un ambiente de misterio o algo así, en las paredes hay azulejos rojos y negros, la luz de un anuncio de neón es roja y es la única que hay, las bancas parecen como de camión, de dos en dos pegados y en medio una mesa, son altos como si fueran unos cuartitos de puro asiento pero sin puerta, me cae que a'í hasta se puede echar un palito y con lo oscuro que está ni cuenta se dan. Tienen un oso diseado por donde está la barra, me acuerdo de esto porque en la loquera veía que se bajaba gruñendo, así, caminando al paso y enseñándome los dientotes y nadie se movía, todos seguían piteando y el oso caminaba en cámara lenta, bien clavado en mí; cuando lo tuve a unos pasos pensé que debería salir corriendo, pero estaba parado por donde estaba la salida, fue cuando se rió... ¿cómo que quién? p'os el oso, pendejo, p'os de que estoy hablando, te digo que andaba bien loco... Bueno, entonces yo también me reí, fue cuando me preguntó el bato



que estaba boleando que de qué me reía, no le dije nada pero en ese momento se me ocurrió la historia.

—Estaba en la cantina esa... Ya te dije que no me acuerdo del nombre, está por Guerrero, o por Arteaga, o por Reforma, no me acuerdo y no me interrumpas porque se me olvida el cotorreo, estaba boleando a un malandrín, un bato que luego luego se ve que es gandallón, esos salen conque no pagan, que no lo boleaste bien y cuanta mamada se le ocurre, traía unas botas de anguila, esclava de oro, chaleco y sombrero y estaba con una ruca que se me hizo conocida, la había visto en alguna cantina de mesera, seguro era un machín rin, porque estaban muy acaramelados y no era cliente de ella, por la forma en que se hablaban, le dijo que en la noche llegaban sus camaradas y que al día siguiente iban a hacer el jale, que se iban a quedar en la casa de ella.

—Unos días después salió en el periódico que habían asaltado una tienda de abarrotes y se habían cuajado con un ferión, entonces cuando veo los retratos hablados de los cacos, ahí estaba el bato ese que le bolié las botas de anguila... Así va la historia, digo así me la imaginé. Luego dije no pos este bato fue el buenero y la ruca debe saber qué onda, si la topo, encuentro a los conejitos ponedores, y no pos me pongo a darle vuelta a todas las cantinas, a veces ni boleaba, pero a'í me tienes dándole duro a talonear la ruca hasta que la encontré en *La Jarra*... nombre que andaba trobiando, estaba en la cantina que hay enfrente de la Central, a'í jalaba... Esa que tienes que subir por una escalera amplia, como si fuera cine y sirven pura cerveza en Tarro, en Golona, en Jarra, en Chabela traete las ostras cheves, nel, nel, era broma, son esas jarritas en que sirven la chela.

El ambiente en *El Salón Victoria* es propicio para ponerle atención por fin al Ulises. Ya no es el mismo Salón en el que se reunían los maestros de la Prepa Uno, allá por los sesentas, aquí me traía un tío cuando apenas estaba muy chico, la barra la cambiaron de lugar y ahora es apenas un pedacito en un rin-

cón, no hay clima y la radiola a todo volumen ya no toca música de tríos, ahora pura balada norteña, venden sólo cerveza y las meseras se la pasan viendo telenovelas, solo se despegan del televisor para servir las cervezas que les piden, después se van otra vez a ver la telenovela, seguramente esta nueva moda hace que los clientes se sientan como en su casa.

—Esperé para ver si la ñora veía a un machín, pero no llegó, le pregunté a otra mesera a qué horas salían y me dijo que a las once, había tiempo de dar una vuelta por las cantinas del rumbo y regresar para ponerle cola. Llegué barriéndome, la alcancé cuando iba saliendo, la seguí, tomamos el metro y fuimos a dar a San Berna a'í agarramos una pesera hasta Fome 35 y me topé con un bandon chido... Bueno, así va el cotorreo, puedes decir que me rolé con una morrita o algo así, que agarramos monte como los animalitos. Mejor mañana le seguimos, porque estás pisteando como en boda y necesito ir con un camarada que batea un toque pa' que role un puntito o si quieres que te consiga un tubo de a veinte, está bien buena la mota que vende, bien ponedora, puras colas, si quieres hacemos una coperacha y micha y micha. Lo deje hablando de la calidad de la marihuana que ha fumado y quedamos de vernos al día siguiente en la esquina del mercado.

Platicar en la cervecería *La Pantalla* es casi imposible, el ruido de las voces es tan alto que parece que estamos dentro de una fábrica o dentro de un gigantesco panal. La música rebaja todo intento de plática. En la pantalla aparece el grupo Bronco, en un video donde cuentan la historia de un caballo; la cerveza corre a raudales en esta enorme bodega improvisada de cantina; en las altas paredes destacan los anuncios promocionales de la cerveza que patrocina este tipo de negocios, Ulises me dice que la pusieron para darle en la madre a *La Gaviota* que se encuentra enfrente y vende cerveza de otra marca. Los meseros no se dan abasto sirviendo cubetazos, diez cervezas de un cuarto por doce pesos. Serán unas cincuenta mesas, ocupadas por grupos de albañiles, empleados, burócrata-